



Autor: Eliot, George

Obra: *El molino del Floss*

Publicación: Barcelona : Alba Editorial, 2003

Contenidos: Capítulo I: «Los alrededores del molino de Dorlcote»

Capítulo I

Los alrededores del molino de Dorlcote

El Floss se ensancha en una amplia llanura y entre riberas verdes se apresura hacia el mar, donde la amorosa marea corre a su encuentro y lo frena con un impetuoso abrazo. Esta poderosa corriente arrastra los barcos negros –cargados de aromáticas tablas de abeto, redondos sacos de semillas oleaginosas o del oscuro brillo del carbón– hacia la población de Saint Ogg's, que muestra sus viejos tejados rojos y acanalados y los amplios frontones de sus muelles, extendidos entre la baja colina boscosa y la orilla del río, y tiñe el agua con un suave matiz púrpura bajo los efímeros rayos del sol de febrero. A lo lejos, en ambas riberas se despliegan ricos pastos y franjas de tierra oscura, preparadas para la siembra de plantas latifoliadas o teñidas ya con las briznas del trigo sembrado en otoño. Del año anterior, quedan algunos vestigios de los dorados panales, amontonados aquí y allá tras los setos tachonados de árboles: los lejanos barcos parecen alzar los mástiles y tender las velas de color pardo hasta las ramas frondosas de los fresnos. Junto al pueblo de rojos tejados afluye en el Floss la viva corriente del Ripple. ¡Qué precioso es este riachuelo, con sus ondas oscuras y cambiantes! Mientras paseo por la orilla y escucho su voz queda y plácida, me parece un compañero vivo, como si fuera la voz de una persona sorda y querida. Recuerdo los grandes sauces sumergidos en el agua... y el puente de piedra...

Y ahí está el molino de Dorlcote. Debo detenerme un par de minutos en el puente para contemplarlo, aunque las nubes amenazan lluvia y cae la tarde. Incluso en esta estación desnuda de finales de febrero, ofrece un aspecto agradable: tal vez la estación fría y húmeda añade encanto a esta casa cuidada y cómoda, tan vieja como los olmos y castaños que la protegen de los vientos del norte. Ahora el río baja lleno, cubre gran parte de la pequeña plantación de sauces y casi anega la franja herbosa del terreno situado ante la casa. Mientras contemplo el río crecido, la hierba de color intenso, el delicado y brillante polvo verdoso que suaviza el contorno de los grandes troncos que brillan bajo las ramas purpúreas y desnudas, soy consciente de que amo esta humedad y envidio a los patos blancos que sumergen profundamente la cabeza entre los sauces, indiferentes al extraño aspecto que ofrecen al mundo seco que se alza por encima de ellos.

El bullicio del agua y el bramido del molino producen una sutil sordera que parece acentuar la paz de la escena. Son como una gran cortina sonora que aísla del mundo. Y, de repente, se oye el retumbar del enorme carromato que vuelve a casa cargado con sacos de grano. El honrado carretero piensa en la cena, que a estas horas tardías estará resecándose en el horno; pero no la tocará hasta después de haber alimentado a los caballos, animales fuertes y sumisos de ojos mansos que, imagino, lo miran con suave reproche desde detrás de las anteojeras por haber restallado el látigo de un modo tan terrible, ¡como si les hiciera falta! Observa, lector, cómo tensan los lomos al subir la cuesta hacia el puente con redoblado esfuerzo porque están ya cerca de casa. Mira las hirsutas e imponentes patas que parecen asir la tierra firme, la fuerza paciente de las cervices, dobladas bajo las pesadas colleras, y los poderosos músculos de las combativas grupas. Me gustaría oírlos relinchar ante el alimento ganado con esfuerzo y verlos, con las cervices liberadas de los arreos, hundir los ansiosos ollares en el estanque embarrado. Ahora están en el puente, lo bajan con paso más rápido y el arco del toldo del carromato desaparece en un recodo tras los árboles.

Vuelvo de nuevo los ojos al molino y contemplo la rueda incesante que lanza diamantinos chorros de agua. Una niña también la está mirando: desde que yo me detuve en el puente, ha

permanecido inmóvil junto al agua. Y aquel raro can blanco con una oreja castaña parece saltar y ladrar en una inútil protesta contra la rueda del molino; tal vez sienta celos de ésta porque su compañera de juegos, ataviada con una capotita de castor, está tan absorta en su movimiento. Me parece que ya es hora de que la niña entre en la casa, dentro de la cual arde un fuego brillante que puede tentarla: desde el exterior se percibe un resplandor rojo bajo el cielo cada vez más gris. También ha llegado el momento de que me marche y alce los brazos de la fría piedra de este puente...

Ah, tengo los brazos entumecidos. He apoyado los codos en los brazos del sillón mientras soñaba que me encontraba en el puente, ante el molino de Dorlcote, y éste tenía el mismo aspecto que otra tarde de febrero, muchos años atrás. Antes de adormilarme, tenía intención de contarte, lector, la conversación que mantenían el señor y la señora Tulliver ante el brillante fuego del salón de la izquierda aquella tarde en que he estado soñando.